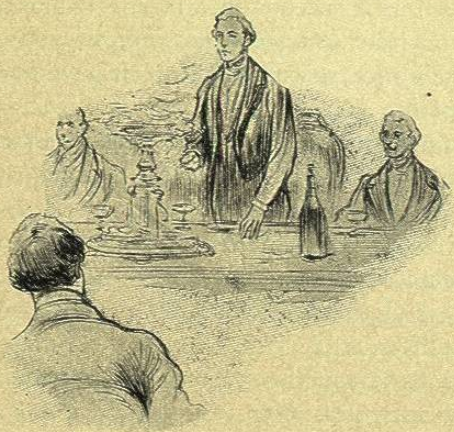


época, un vecino de la Merced entraba, al pasar, en casa de su convencino el Gobernador, y le invitaba sin ceremonia ni etiqueta á acto tan trascendental con estas palabras: «Si el señor Gobernador quiere clavar hoy un pedazo de hierro, empezará la obra más benéfica para el país.»

Hombre práctico, poco dado á frases, no pronunció largo discurso al asestar el primer martillazo en la vía férrea que hoy llega á los confines de la República, siendo en esta América la que más extensión mide, ni derramó *champagne* sobre los rieles, á guisa de agua bautismal, imprescindible hoy en ceremonias semejantes.

Tenía un granito de esa fe que, sembrada desde la cuna, germina en el transcurso de la vida, y sombra y consuelo esparce hasta en los últimos días. Por esto, al retirarse del despacho de gobierno, entró aquella tarde en la capilla de San Roque, arrodillándose sobre la tumba en que reposan los restos de su abuelo, cristiano viejo, benefactor de la iglesia, y dió gracias por haberle permitido vincular su nombre á una obra de la importancia de aquella, cuyos trabajos inauguraba.

Y encontró su primera satisfacción en esa muda lágrima del sencillo paisano que, como al paso de una cosa santa, se arrodillaba en medio de los campos para reverenciar al ferrocarril que vino á dilatar la tierra y abreviar la distancia.



UN MILAGRO EN LA PAMPA

I

Una de esas nubladas mañanas grises del frío otoño, en que todo aparece triste al través de melancólica neblina, cierto atribulado sacerdote francés hallábase en la Pampa al Sur de Buenos Aires, en apurado trance del que creía no salir con vida. Sobre árida lomada, bajo nubes encapotadas, divisaba cómo venía amaneciendo perezosamente el día, día sin noche para él, según se le había anunciado. Ebrias chusmas salvajes le rodeaban, cuyas desgreñadas brujas, más feas que un susto, azuzaban la indiada para que lancearan cuanto antes al perro cristiano, que había introducido la peste.

La noche entera había pasado el cautivo en continua oración, encomendándose á todos los Santos, y al aclarar las luces de su último día, recordando la Virgen de los campos, de que nuestros paisanos son tan devotos, hizo un voto solemne á Nuestra Señora del Luján de consagrarse exclusivamente por toda la vida á su servicio inmediato, constituyéndose en propagador incansable de su culto y de su iglesia, si salvaba por un milagro, que no de otro modo podía salvar.

Denunciado por las adivinas ante el cacique principal de la tribu ser el introductor de la viruela, peste que á la sazón dieztaba la toldería, sin otro trámite se le condenó á ser lanceado á la salida del sol, y quemado inmediatamente, para extinguir en él germen de epidemia devoradora. De más está advertir que el pobre sacerdote atribulado, tan limpio de culpas

como de viruelas, no había llevado otro contagio que el de la propaganda evangélica. Pero había sido sorprendido echando agua sobre los recién nacidos, y exorcismos acompañados de palabras que ni el más ladino lenguaraz entendía; más, se llamaba Padre de hijos que no le veían; llevaba corona (tierra adentro, en que todos son iguales y todo es de todos) á usanza india; indudablemente tenía *gaulicho* (el diablo); andaba en secretitos con las indias, principalmente con aquellas que en el día del alumbramiento iban á romper el hielo de la laguna, donde madre y recién nacido se metían temblando por el frío de su primera ablución, según decían, por hacerles algo, ó bautizarlas, según él; sobre todo, era perro cristiano, causa más que suficiente para cargarle ó responsabilizarlo, como única de cuantos males sufría la indiada. No había remedio; todo estaba ya preparado para la ejecución. El cuadro no era cuadro, pero era círculo ó semi-círculo, y en rápidas evoluciones concéntricas de la caballería pampa, iba ésta estrechándose en sus correrías en el valle de la misma.

Sorteados los cuatro *lanceros* que, con larguísimas lanzas adornadas de plumeros de avestruz, variaban sus caballos lanzados á la carrera para ensartarle, un mocetón se desprendió del grupo, le volteó el sombrero, y aunque no le distinguía corona, crecido el cabello, se detuvo á contemplarlo, y tirándole el poncho, dijo al partir á escape: «Tapando, hermano, no muriendo de susto.» Pero la actitud de todos los indios que lo rodeaban no era para desvanecer el de su ánimo quebrantado por largos y continuos sufrimientos. Su agonía se prolongaba, y entonces repitió la última y ferviente oración: «Socorredme, Madre mía y Señora del Luján, en el angustioso trance que me encuentro. ¡Venir á morir tan lejos de los míos! Ya no veré más mi iglesia, mi aldeíta, ni á mis padres. ¡Qué desgracia! Desde los Pirineos llegué á predicar el Evangelio, y al comenzamiento de mi propaganda en estos desiertos me sacrifican los mismos que esperaba convertir. ¡Dios mío! Os pido la salvación de mi alma. Si es posible escape de muerte tan horrible, hago la promesa de consagrar mi vida entera al inmediato servicio de tu Santuario y á extender la propagación de tu culto. ¡Oh Virgen Santa del Luján, que nunca desamparaste á los que á tu favor se acogieron! Publicaré tus milagros y caminaré toda la tierra pidiendo limosna para engrandecer tu iglesia.»

II

Tendido y acurrucado sobre el campo, como vislumbre de última esperanza, por la abertura del poncho *pampa* entreveía á lo lejos al indio que se le aproximó agitándose en acalorada discusión cerca del grupo que

rodeaba al cacique, y manoteando hablaba á gritos muy ligero sin interrumpirse, señalando con su lanza hacia el lugar donde se hallaba la víctima. Como si descendiera un consuelo en su última plegaria, le pareció observar que, entre alaridos y protestas, el tumulto de la indiada se apaciguaba un poco. Cual si se detuvieran en su avance, los círculos parecían dilatarse, y después de mucha algazara imponiéndose el cacique, la orden de mando hizo bajar á su voz lanzas que se blandían en el aire.

Entonces, arrodillándose, en la suprema oración de una agonía que se prolongaba, vió desprenderse al indio amigo, volviendo á todo galope, sofrenar su potro y gritarle con expresión de contento:

—¡Salvado hermano! ¡Levantando!

Ni un Demóstenes *pampa* más convincente en su peroración que el verboso orador de la tribu, abogando por salvar al cristiano que le había salvado.

El reverendo padre Jorge María Salvaire, de la Congregación de Misiones que reconoce como Patrono á San Vicente de Paúl, en sus primeras excursiones á los toldos, fué encargado por el ministro de la Guerra Dr. Alsina de parlamento de paz, y en vísperas de caer cautivo, diversos socorros había llevado. Poco antes, al salir del Azul, consiguió del Jefe de la Frontera perdonara á un joven cuatrero que estaba en capilla para ser fusilado. Casualidad ó milagro fué que llegara éste al toldo del cacique su padre, el día señalado para lancear á su salvador.

El padre Salvaire, desde entonces popularmente conocido por el «Padre Salvado,» no retardó mucho tiempo en empezar el cumplimiento de su promesa, y en vez de un monumento, levantó dos á la Virgen de su devoción. Concluído que hubo la voluminosa *Historia de la Virgen de Luján*, que es otro esfuerzo monumental, paciente obra de benedictino, propagando su culto se fué hasta el otro mundo, recolectando limosnas por todas partes. De Roma regresó con la espléndida corona exornada de perlas y brillantes, que el mismo Santo Padre (León XIII) bendijo por sus propias manos; la que robada luego del camarín de la Virgen, no fué chico milagro su recuperación. A este ilustrado y meritísimo sacerdote ejemplar, cuya actividad ha elevado la más hermosa basílica nacional, no escasearon émulos, envidias, rivalidades, y cuando la prensa denunció el robo de los brillantes de la Virgen, tampoco faltó gacetillero local anunciando no tener que caminar muy lejos de la Basílica *que nunca se acaba*, para encontrarse las *arracadas* de la imagen en apetitosa china, ama de la Casa rectoral, cuyas orejitas color pasa las lucían en el último bautismal del rancho tras la iglesia. ¡Calumnia, calumnia!, que de la calumnia algo queda. Pero

también suele en este pícaro mundo resplandecer la verdad cual rayo de sol sobre la faz de límpida agua cristalina.

Así, sin atreverse á pedir nuevo milagro, como el que le salvó en medio de lanzas de salvajes, imploraba el capellán de la Basílica la reaparición de halajas robadas. Y como la Virgen paga con creces la piedad de sus devotos, no quiso ser menos. Ofrecido un monumento á su culto, dos había levantado Salvaire: la basílica nacional, y la historia que preconiza los milagros de la del Luján. Al de su salvación agregó Nuestra Señora de ese nombre el de la forma cómo se recuperaron sus alhajas, milagro en que intervino el comisario Otamendi, otro milagro de actividad pesquisadora. Cuando á la curia llovían anónimos de que el propio párroco era el ocultador, dicho comisario ponía la mano sobre ladrón conocido, en otro pueblo de campaña, y en momentos que derretía á fuego intenso el arco de oro de la corona, cuyos brillantes se hallaron en los bolsillos de hábil caco de sacristía.

Incrédulos hay que juzgan verdadero milagro y el más grande, no el haber salvado Salvaire de ejecución á lo pampa en la misma, ni la reaparición de caravanas que chismoso calumniador maliciaba en una de esas amas de llaves que San Agustín recomendaba cincuentona (obra preferida por curitas de campaña en dos tomos), sino el haber levantado en época de indiferentismo religioso la basílica nacional que se yergue proclamando la perseverancia y actividad infinita, la constancia y piedad de sus feligreses y del buen cura Salvaire, que en gloria esté.



LA ÚLTIMA CARGA

I

En la batalla que el historiador de Rozas denomina *Cuti-Zaingó*, los portugueses del paso del Rosario, sobre el río Santa María, y que con más propiedad podría llamarse *La batalla de las desobediencias*, entre descollantes episodios de nuestros primeros militares, resalta el siguiente que alcanzamos á recoger de propios labios del ilustre general Paz.

Denominamos «la batalla de las desobediencias,» pues que empezaron lo por el general Lavalleja, que al ir á ocupar el puesto designado en el plan (reserva á la derecha), le pareció mejor formar á la vanguardia del ala izquierda argentina, y allí quedó; luego el coronel Blanes, oriental, no quiso obedecer al coronel Paz, como á su vez éste cargó contra orden expresa, y Lavalle sin ninguna.

Ya había muerto el coronel Brandzen y regresaba Paz de su primera carga sin haber conseguido conmover el cuadro de alemanes, cuando al pasar el general en jefe, alcanzó á oírle cierta ironía que picó su amor propio. En el deseo de sacarse la espina, rehizo de pronto su regimiento, iniciando una segunda carga á fondo, cuyo ímpetu se llevó cuanto tenía por delante, logró conmover la infantería al frente, y empezando á vacilar el ejército contrario, inclinó el triunfo á los argentinos.

Divisando con su antejo el general en jefe que el coronel Paz cargaba sin orden, despachó su ayudante de campo, coronel Martínez Fontes, para que le ordenara detenerse. Tarde llegó éste, cuando los escuadrones regresaban. Entonces, volviendo el general á gran galope, le increpó irriado:

—¿Sabe usted á cuántas fuerzas enemigas ha cargado?

—¡A cuantos tenía á mi frente, general!

—A dos batallones de infantería alemana y un regimiento de caballería. Coronel, queda usted en suspenso.

II

La infantería no tuvo la mejor parte en la batalla, ni los cañones del coronel Iriarte, si bien retardados en formar baterías, diestros oficiales como Pirán, Chilaver, Moreno, Nazar y Arenas, abrieran brecha sus certeros tiros en las líneas portuguesas que dominaban las alturas. Pero la caballería desplegó en todas partes la brillantez del 16.º de Lanceros, de cuyo bravo jefe Olavarría refiere el parte: «Manióbró como en un día de parada.» Medina y los coraceros habían cargado la división Abreu, y Caxias á la derecha, como los coroneles Garzón y Thompson á la izquierda.

Ya había caído tras Brandzen, Besares, el mismo Paz rechazado por la división Barretto (infantería y artillería alemanas). La división Callao, cuyo jefe no observó su nombre, y Leixao y Braun, que cayó cerca del marqués de Barbacena, siguieron al fin la suerte de las caballerías de Bentos González, Bentos Manuel y todos los *ventos* del Brasil, dispersándose hacia los cuatro puntos cardinales.

Alvear termina su parte con estas palabras: «El coronel Paz, á la cabeza de su división, después de haber prestado servicios distinguidos desde el principio de la batalla, dió la última carga á la caballería del enemigo que se presentaba sobre el campo, obligando al ejército imperial á precipitar su retirada.»

La lucha se inclinó contra los portugueses, arrollados por jefes de tan merecido renombre como Mansilla, Soler, Olazábal, Paz, Lavalle, Olavarría, Iriarte, Pacheco, Brandzen, Oribe, Chivaler, Vilela y Medina. Terminada la batalla de Ituzaingó á las dos de la tarde del 20 de febrero de 1827, todos los jefes y oficiales superiores fueron llamados ante el general en jefe. Cuando cruzaba Paz el campamento, de cada batallón salían sus jefes á saludarle, persuadidos de que su última carga había sido el principio de la derrota. Los de más confianza le repetían: «De esta hecha se cambia el color de las palas.» A lo que el coronel Paz contestaba con reserva: «Por el contrario, he sido suspendido.»

El general en jefe, ya más desahogado, le dijo:

—Pero, al fin, coronel, usted no me ha dicho por qué cargó sin mi orden.

—Una caballería enemiga amenazaba mi frente, y la última orden del día autoriza á los jefes de división á obrar, á falta de orden, según las circunstancias.

En seguida llegó Lavalle, que regresando con gran retardo, le recibió el general con dos piedras en la mano.

—¿Por qué ha desobedecido usted las órdenes, estando dispuesto que no se alejara de la vista del campo de batalla?

—Porque los riograndenses son volvedores, señor general, y mientras quedaba un grupito alrededor de Bentos Manuel, volvían á rehacerse.

—¿No sabe usted que ha podido comprometer el éxito de toda ella, y quedar cortado del centro?

Después de estas y otras exclamaciones sobre el estricto cumplimiento del deber y las prescripciones de ordenanza, despidió con cajas destempladas al brillante adalid, que se creía llamado para agradecerse sus remarcables servicios.

Alvear, repitiendo que las cargas sin orden dada comprometían la victoria, seguía manifestando su disgusto por la conducta de Paz, y como el coronel Dehesa defendiera á su comprovinciano: «Ha dado una carga sin precedente, por la que merecía un castigo,» replicó: «Perdone, señor general: el coronel Paz la ha llevado para salvar el honor de su regimiento.»

—El regimiento no es de él, sino de la nación. El coronel Paz es un bravo á quien estimo, pero la primera cualidad de un soldado es la subordinación.

III

Pasada la hora de lista, y cuán triste es la primera lista sobre el campo de batalla donde tantos no pueden contestar, otro ayudante de Estado mayor volvió al galope á llamar á los coroneles Paz y Lavalle, y cuando éstos llegaron al paso de sus sudorosos caballos de batalla, compañeros en las fatigas de aquel día, ya encontraron al general en jefe más humanizado.

—¡Señores generales!—dijo; y no encontrando al dar vuelta á Mansilla, Soler, Lavalleja, únicos de ese grado en el ejército, se miraron los dos compañeros.—Queda levantada la suspensión—agregó, dirigiéndose á Paz; —y como son ustedes los coroneles más antiguos del ejército, con autorización de proponer ascensos sobre el campo de batalla, les saludo en el grado inmediato, como á los que más han coadyuvado á la victoria de este día. Pero no hay que olvidar, señores, que la subordinación es el princi-

pio de la disciplina; que sin ésta no hay unidad ni ejército posibles; y los oficiales maniobreros de San Martín tienen la costumbre de iniciaciones, que bien pueden comprometer la victoria.

Nuestro ilustrado amigo el historiógrafo general Garmendia, en su interesantísimo estudio sobre las campañas de Aníbal, traduce la siguiente anécdota histórica, cuya similitud justifica cargas como la del general Paz.

«Esperando el momento oportuno, y teniendo la conciencia de un gran deber nacional, desobedeció Seidlitz en la batalla de Zorndorf una orden de Federico II, y esa desobediencia fué causa de la victoria. Cuando la infantería prusiana estaba en plena derrota, recibe reiteradamente la orden de ponerse á la cabeza de sus escuadrones y cargar al enemigo. Seidlitz, no creyendo el instante favorable, no cumple la orden en el primer momento.

»Irritado Federico, le hace decir que la desobediencia le costará su cabeza, á lo que contesta el egregio general de caballería (que fué el primero de su tiempo), teniendo siempre la vista fija en el enemigo: «Id á decir á S. M. que después de la batalla dispondrá de mi cabeza. Ahora la necesito mucho para su servicio.» En seguida carga con su treinta y un escuadrón, sablea á la caballería rusa, cae sobre el gran cuadro y destruye una tercera parte del ejército.

»Este rasgo demuestra el verdadero genio de un general de caballería. ¿Cuánto tiempo de trabajo y de observación le habría costado para adquirir tanta penetración?... Si Seidlitz hubiese cargado fuera de tiempo, como inoportunamente lo ordenaba Federico II, se hubiese perdido la batalla.»

Recogida esta tradición de los propios labios del ilustre general Paz, nos fué confirmada con la descripción de la batalla, que á nuestro pedido escribió el señor general Pacheco en 1865, según lo recuerda en su última publicación el doctor Quesada, narración idéntica en todo á la que anteriormente oímos al Sr. Olazábal, quien repetía: «*La última carga del general Paz vino á coronar la victoria de Ituzaingó!*»

Compendiaba así su cuento el autor de tan notables *Memorias*, tan parco de elogios para sus contemporáneos (que en sus tres gruesos tomos no se encuentra esta referencia): «Indudablemente la obediencia pasiva es la base de la subordinación, sin la que no hay disciplina. Ni ofrecerse, ni excusarse, corresponde al militar, limitándose al cumplimiento de sus deberes.

»Pero ésta, como todas las reglas, tiene su excepción. Si bien es cierto que una carga á tiempo, dada sin orden, pudiera llegar á comprometer el plan general de la batalla, cuando se viene el enemigo encima no hay soldado que se cruce de brazos y espere orden para rechazarlo.»

